

en el mundo». Hay una exégesis tradicional, según la cual el demonio se habría introducido en el reptil para utilizarle como instrumento. Otros, en cambio, afirman que el demonio se manifestó a Eva tomando forma de ofidio. Pero, ¿por qué prefirió el reptil a otro animal cualquiera? El texto sagrado, afirman, nos da la contestación al decir que «la serpiente era el más astuto de todos los animales de la tierra». Pero se puede replicar: ¿Cómo se había formado esta reputación de sagacidad y de astucia? En relación con esta pregunta es interesante conocer lo que la serpiente representa en los mitos religiosos y en las concepciones populares del Oriente antiguo.

Las tierras del Tigris y del Eufrates, de donde procedía el padre de los israelitas, tenían sobre esto tradiciones bien concretas. En Siria, por ejemplo, la serpiente está relacionada con ciertos dioses de la vegetación y de la fecundidad, en cuyo culto se mezclaban con frecuencia prácticas licenciosas. La serpiente era como su atributo y su representación corpórea. La misma Minerva griega aparece muchas veces acompañada de la serpiente. Varias divinidades del panteón babilónico tenían estrechas concomitancias con la serpiente, y entre ellos Ningizzida, «el dios serpiente señor de la vida»; Kadi, «el divino reptil, que resplandece, señor de la vida», y Ea, el dios del mundo subterráneo, que en los comienzos del arte mesopotámico se nos presenta representado con cabeza de ofidio. De ellos habla Deimel, en un artículo que publicó el año 1924 en la revista *Verbum Domini*, con este título: Sobre las serpientes en la religión de los babilonios, aludiendo a la multitud de objetos arqueológicos: sellos, cilindros, relieves, que atestiguan este valor simbólico de la serpiente. Esto nos explica el recelo que a un monoteísta, a un adorador de Yahvé debía inspirar este animal

misterioso, que tanto relieve tenía en los cultos paganos, y con frecuencia iba asociado a las prácticas nefandas de la magia y de la adivinación. Para él, lejos de encarnar una potencia divina, tenía que ser el enemigo de Dios, el seductor del hombre. Si algún espíritu habitaba en él, era el espíritu del mal. «En el relato del *Genesis* —escribe José Chaine, hay indudablemente una reacción contra el culto de la serpiente, considerada entre los semitas antiguos como un genio bienhechor.»

No obstante, aún podemos preguntar: ¿Se sirvió Satán en el paraíso de una serpiente real o de una apariencia de serpiente? ¿O bien tenemos que ver aquí un símbolo más? Las tres interpretaciones tienen sus partidarios entre los exégetas. Existen los realistas extremos, para quienes la serpiente del paraíso fué una serpiente verdadera; los realistas moderados, que en la serpiente ven al demonio, que habría tomado una figura animal sólo aparente, y finalmente, los que, siguiendo una exégesis histórico-idealista, ven en el reptil un puro símbolo del ángel caído. Admiten, naturalmente, la realidad de la potencia seductora; pero afirman que esta potencia y su pérfida operación aparecerían en el relato envueltas en una ficción, en un símbolo, inspirados en las concepciones folklóricas del mundo antiguo.

Esta explicación, sostenida ya hace años por Van Hoonaker y por el P. Lagrange, va consiguiendo la adhesión y la simpatía de muchos exégetas más recientes, como Dennefeld, Junker, Rigaux, Coppens, Durabli. Charles Hauret, autor de un libro muy documentado con el título de *Origenes*, manifiesta también en favor de ella sus preferencias: «Es verosímil —decía De Vaux— en la *Revue Biblique*, el año 1949, que el autor sagrado se inspirase en la creencia popular y en los usos paganos para hacer de la serpien-